

# **El sueño de una noche de verano**

**William Shakespeare**

## Annotation

Es una comedia romántica escrita por William Shakespeare alrededor de 1595. Está considerada como uno de los grandes clásicos de la literatura teatral mundial. Al parecer fue escrita con motivo de la conmemoración de la boda de Sir Thomas Berkeley y Elizabeth Carey, en febrero de 1596. Una obra plagada de fantasía, sueños y realidades, amor y magia en la que se entremezclan varios hilos argumentales centrados respectivamente en dos parejas de nobles amantes, Lisandro y Hermia, Demetrio y Elena, que sufren y disfrutan por causa de su amor; en un grupo de despreocupados cómicos, Quincio, Snug, Bottom, Flauto, Snowt y Starveling; y en una serie de personajes pertenecientes al reino de las hadas, entre los que se encuentran Puck, el rey Oberón y la reina Titania. El trasfondo común se encuentra en las celebraciones de la boda entre Teseo e Hipólita.

---

Título original: *A midsummer night's dream*  
Traducción: José A. Márquez  
Diseño portada: laNane  
William Shakespeare, 1595.

**DRAMATIS PERSONAE**

TESEO, duque de Atenas.  
EGEO, padre de Hermia.



alegría y quede la tristeza relegada a los funerales. Esa pálida compañera no conviene a nuestras fiestas.

(Sale *FILÓSTRATO*.)

Hipólita<sup>[1]</sup>, gané tu corazón con mi espada, causándote sufrimientos; pero me desposaré contigo de otra manera: en la pompa, el triunfo y los placeres.

(*Entran EGEO, HERMIA, LISANDRO y DEMETRIO*.)

EGEO.—¡Felicidades a nuestro afamado duque Teseo!

TESEO.—Gracias, buen Egeo ¿Qué nuevas traes?

EGEO.—Lleno de pesadumbre vengo, a quejarme contra mi hija Hermia. Avanzad, Demetrio. Noble señor, este hombre había consentido en casarse con ella... Avanzad Lisandro. Pero éste, bondadoso duque, ha seducido el corazón de mi hija. Tú, Lisandro, tú le has dado rimas y cambiado con ella presentes amorosos; has cantado a su ventana en las noches de la luna con engañosa voz versos de fingido afecto, y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, ramilletes, dulces y bagatelas, mensajeros que las más veces prevalecen sobre la inexperta juventud; has extraviado astutamente el corazón de mi hija y convertido la obediencia que me debe en ruda obstinación. Así, mi benévolo duque, si aquí en presencia de vuestra alteza no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas: siendo mía, puedo disponer de ella, y la destino a ser esposa de este caballero o morir según la ley establecida para este caso.

TESEO.—¿Qué decís, Hermia? Tomad consejo, hermosa doncella. Vuestro padre debe ser a vuestros ojos como un dios. Él es autor de vuestras bellezas, sois como una forma de cera modelada por él, y tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un digno caballero.

HERMIA.—También lo es Lisandro.

TESEO.—Lo es en sí mismo; pero faltándole en esta coyuntura el favor de vuestro padre, hay que considerar como más digno el otro.

HERMIA.—Desearía solamente que mi padre pudiese mirar con mis ojos.

TESEO.—Más bien vuestro discernimiento debería mirar con los ojos de vuestro padre.

HERMIA.—Que vuestra alteza me perdone. No sé qué poder me inspira audacia, ni como podrá convenir a mi modestia el abogar por mis sentimientos en presencia de tan augusta persona; pero suplico a vuestra alteza que se digne decirme cual es el mayor castigo en este caso si rehúso casarme con Demetrio.

TESEO.—O perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres<sup>[2]</sup>. Consultad pues, hermosa Hermia, vuestro corazón, daos cuenta de vuestra tierna edad, examinad bien vuestra índole para saber si en el caso de



HERMIA.—Parece que por falta de lluvia; si bien podría yo regarlas de sobra con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO.—¡Ay de mí! Cuanto llegué a leer o a escuchar, ya fuese de historia o de romance, muestra que jamás el camino del verdadero amor se vio exento de borrascas. Unas veces nacen los obstáculos de la diversidad de las condiciones.

HERMIA.—¡Oh manantial de contradicciones y desgracias, el amor que sujeta al príncipe a los pies de la humilde pastora!

LISANDRO.—Otras veces está la desproporción en los años.

HERMIA.—Triste espectáculo ver el otoño unido a la primavera.

LISANDRO.—Otras, en fin, forzaron a la elección las ciegas cábalas de amigos imprudentes.

HERMIA.—¡Oh infierno! ¡Elegir amor por los ojos de otro!

LISANDRO.—O si cabía afecto en la elección, la guerra, la enfermedad, la muerte la asediaron; haciendo que el goce fuese momentáneo como el sonido, rápido como la sombra, breve como un corto sueño y fugaz como el relámpago que en la oscuridad de la noche ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir «¡mira!», se ha perdido ya en el seno de las tinieblas: tan pronto las cosas brillantes se abisman en las sombras de la confusión.

HERMIA.—Pues si los verdaderos amantes siempre fueron contrariados, ha de ser por decreto del destino. Armémonos, pues, de paciencia en nuestra prueba, ya que ésta no es sino una cruz habitual, tan propia del amor como los pensamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO.—Prudente consejo. Escucha, por tanto, Hermia. Tengo una anciana tía viuda, y muy opulenta y sin hijos, que me considera como su hijo único. Su casa dista siete leguas de Atenas; y allí, gentil Hermia, podremos desposarnos, pues la dura ley de Atenas no puede perseguirnos hasta allí. Si me amas, abandona sigilosamente la casa de tu padre mañana por la noche, que yo te aguardaré en el bosque a una legua de la ciudad, en el punto donde te encontré una vez con Elena para observar el rito de la mañana de mayo.

HERMIA.—Buen Lisandro mío, te juro por el más firme arco de Cupido, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago<sup>[4]</sup> al ver la vela fugitiva del falso troyano; por todos los juramentos que los hombres han quebrantado y que ninguna mujer podría enumerar, te juro que me encontraré mañana a tu lado en el mismo sitio que designas.

LISANDRO.—Cumple tu promesa, amor mío. Mira, aquí viene Elena.

(*Entra ELENA.*)



ELENA.—¡Cuánto más felices pueden ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por tan hermosa como ella. Pero, ¿de qué me sirve? Demetrio no piensa así y no quiere saber lo que todos saben. Y así como él se extravía, fascinado por los ojos de Hermia, me ciego yo admirando las cualidades que en él veo. Pero el amor puede transformar en belleza y dignidad cosas bajas y viles, porque no ve con los ojos, sino con la mente, y por eso pinta ciego a Cupido el alado. Ni tiene en su mente el amor señal alguna de discernimiento; como que las alas y la ceguera son signos de imprudente premura. Y por ella se dice que el amor es niño, siendo tan a menudo engañado en la elección. Y como en sus juegos perjuran los muchachos traviesos, así el rapaz amor es perjurado en todas partes; pues antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me juró de rodillas que era sólo mío; más apenas sintió el calor de su presencia, deshiciéronse sus juramentos como el grano al sol. Yo le avisaré la fuga de la bella Hermia, y mañana por la noche le acompañaré al bosque para perseguirla; que si por este aviso me queda agradecido, recibiré en ello un alto aprecio, aunque si aspiro a mitigar mi pena, sólo es poder mirarlo a la ida y a la vuelta.

(Sale ELENA.)

## ESCENA SEGUNDA

Cuarto en una quinta.

Entran SNUG, BOTTOM, FLAUTO, QUINCIO, SNOWT y STARVELING.

QUINCIO.—¿Están aquí todos vuestros compañeros?

BOTTOM.—Mejor haréis en llamarlos uno a uno, según la lista.

QUINCIO.—He aquí la nómina de los que, en toda Atenas, son considerados aptos para desempeñar el sainete que se ha de representar ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

BOTTOM.—Primero, buen Pedro Quincio, decid sobre qué asunto versa la representación, leed los nombres de los actores y luego distribuid los papeles.

QUINCIO.—Ciertamente. Nuestra representación es *La muy lamentable comedia y muy cruel muerte de Píramo y Tisbe*.

BOTTOM.—Hermoso trabajo, os aseguro, y en extremo alegre. Ahora, mi excelente Quincio, llamad por lista a vuestros actores. Maestros, presentaos.

QUINCIO.—Responded a medida que os llame. Nick Bottom, el tejedor.

BOTTOM.—Listo. Decid el papel que me toca, y adelante.

QUINCIO.—Vos, Nick Bottom, habéis sido designado para Píramo.

BOTTOM.—¿Qué es Píramo, un tirano o un amante?

QUINCIO.—Un amante que por amor se mata con el más grande heroísmo.











entre la fría luna y la tierra a Cupido llevando sus armas. Apuntó a cierta hermosa vestal entronizada hacia el oeste y lanzó una saeta de amor con suma destreza, como para atravesar cien mil corazones; más se extinguió el inflamado dardo de Cupido en los húmedos rayos de la casta luna, y la imperial virgen paso sin cuidado en solitaria y tranquila meditación<sup>[11]</sup>. Obervé, sin embargo, el sitio donde el proyectil de Cupido cayó hiriendo una pequeña flor de occidente, blanca como la leche, y a la cual las doncellas llaman el *amor desconsolado*. Tráeme esa flor; ya en otra ocasión te mostré la planta. Su jugo, vertido sobre los dormidos párpados, hace que el hombre o la mujer se enamore perdidamente de la primera criatura viva que vea. Tráeme esa hierba y cuida de volver aquí antes que el leviatán<sup>[12]</sup> pueda haber nadado una legua.

PUCK.—Daré una vuelta completa alrededor de la tierra en cuarenta minutos.

(Sale PUCK.)

OBERÓN.—Una vez en posesión de ese jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y verteré el líquido sobre sus ojos. La primera cosa que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso o un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible, y antes que yo libre sus ojos de ese encanto, como puedo hacerlo por medio de otra hierba, le obligaré a que me entregue su paje. Pero, ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

(Entra DEMETRIO, y ELENA detrás de él.)

DEMETRIO.—No te amo, es inútil que me persigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno; la otra me mata a mí. Me dijiste que se habían refugiado ocultamente en este bosque, y heme aquí, como un loco, porque no puedo encontrarme con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA.—Vos me atraéis, imán de mi corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder y yo no tendré el de seguiros.

DEMETRIO.—¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿O antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.—Y aun por eso mismo os amo más. Soy vuestro sabueso, y cuanto más me golpeeís, Demetrio, más os acariciaré. Tratadme como a vuestro sabueso; echadme, dadme golpes, descuidadme, abandonadme, pero permitid tan sólo que, a pesar de no ser digna de vos, pueda seguiros. ¿Qué puesto más humilde puedo implorar en vuestro afecto, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratáis a vuestro perro?

DEMETRIO.—No tientes demasiado la aversión de mi alma, porque sólo el























HERMIA.—¡Fuera de aquí, tigre! ¡Fuera, chacal! Me atormentas más allá del límite de toda paciencia. Es decir, ¿tú lo has asesinado? ¡Qué jamás se te vuelva a contar entre los hombres! ¡Oh! Di la verdad, dila siquiera una vez, por piedad. ¿Te atreves a haberlo mirado despierto y lo matas cuando yace dormido? ¡Oh heroísmo! Un gusano, un áspid, ¿no podrían hacer lo propio? Porque nunca áspid alguno pudo herir con lengua más pérfida que la tuya, ¡serpiente!

DEMETRIO.—Gastáis vuestra cólera, víctima de un engaño. No soy culpable de la sangre de Lisandro, ni tengo indicio alguno para pensar que haya muerto.

HERMIA.—Pues entonces te suplico que me digas que está bien.

DEMETRIO.—Y si pudiera hacerlo, ¿qué me valdría?

HERMIA.—El privilegio de no verme jamás. Abandono tu presencia con este voto. No vuelvas a verme, sea que haya muerto o no.

*(Sale HERMIA.)*

DEMETRIO.—Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedará aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio a mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio.

*(Se acuesta DEMETRIO.)*

OBERÓN.—¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo en los ojos de un amante verdadero, y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.—Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero hay un millón que faltan a sus juramentos.

OBERÓN.—Ve por el bosque, más rápido que el viento, y procura encontrar a Elena de Atenas. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquier ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes que ella haya llegado.

PUCK.—Voy, voy. Mirad como voy más veloz que la flecha del Tártaro<sup>[15]</sup>.

*(Sale PUCK.)*

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche a su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuando despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor.

*(Vuelve a entrar PUCK.)*

PUCK.—Caudillo de nuestra hermosa muchedumbre, Elena está próxima, y el joven a quien invoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo hemos de divertirnos con sus coloquios! ¡Santo Dios, y que locos son estos mortales!

OBERÓN.—Apartaté. El ruido que hacen despestará a Demetrio.









LISANDRO.—¡Vete, enana, abalorio, puñado de mala paja!

DEMETRIO.—Soy demasiado comedido y solícito en favor de la que desdeña vuestros servicios. Dejadla sola; no habléis de Elena ni toméis su defensa. Si intentáis mostrar hacia ella la menor familiaridad, responderéis de ello.

LISANDRO.—Ahora no tiene imperio sobre mí. Sígueme, si te atreves, y probemos quien de los dos tiene mejor derecho a pretender a Elena.

DEMETRIO.—¿Seguirte? No, sino a tu lado.

*(Salen LISANDRO y DEMETRIO.)*

HERMIA.—Señora mía, toda esta querella es obra vuestra. No, no os vayáis.

ELENA.—No confío en vos, no. Ni permeneré más tiempo en vuestra maldita compañía. Mis manos no están, como las vuestras, acostumbradas a las contiendas, y así huyo y me salvo.

*(Sale ELENA.)*

HERMIA.—Estoy azorada y no sé que decir.

*(Sale HERMIA.)*

OBERÓN.—Esto es fruto de tu negligencia. Tú incurriste en esa equivocación, o hiciste eso por bellaquería.

PUCK.—Creedme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No dijistéis que reconocería al hombre por su traje ateniense? Y para probar la inocencia de mi conducta basta ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un ateniense, aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y el enredo que de ello a venido a resultar.

OBERÓN.—Ya ves como estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo hasta que sea oscuro como Aqueronte<sup>[16]</sup>, y guía de tal manera a estos rivales tan lejos uno de otro que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro excitarás a Demetrio con graves insultos, y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio, y así llevarás a uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño, remedo de la muerte<sup>[17]</sup>. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los amantes a Atenas unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho, y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan como son en realidad.

PUCK.—Aéreo señor mío, es necesario hacer esto aprisa, porque ya















BOTTOM.—Maestros, he de contaros mil prodigios, pero no me preguntéis qué; si os lo digo, llamadme mal ateniense. Os diré punto por punto lo que ocurrió.

QUINCIO.—Contadlo, amable Bottom.

BOTTOM.—De mí no sacaréis palabra. Todo lo que puedo deciros es que el duque ha comido...; disponed vuestros disfraces, poned buenos hilos a vuestras barbas, nuevas cintas a los zapatos y reuníos enseguida en el palacio. Que cada cual recuerde su papel; pues, en sustancia, lo que hay es que se prefiere a todo nuestra representación. En todo caso, que Tisbe se ponga ropa limpia; que no se recorte las uñas el que debe representar al león; porque es necesario que sobresalgan para representar las garras. Y no comáis ajos, por Dios, porque es menester que nos huela bien el aliento; con todo lo cual seguramente exclamarán todos: ¡qué preciosa comedia! Basta de charla. ¡Idos, idos!

*(Salen.)*

## ACTO QUINTO

### ESCENA PRIMERA

Aposento en el palacio de Teseo.

*Entran TESEO, HIPÓLITA, FILOSTRATO, señores y séquito.*

HIPÓLITA.—¡Qué extraña cosa es, Teseo mío, lo que refieren estos amantes!

TESEO.—Más extraña que verdadera. Ya no creeré nunca en las antiguas fábulas ni en esos juegos de hadas. Los enamorados y los locos viven tan alucinados y con tan caprichosas fantasías que imaginan más de lo que la fría razón puede comprender. El lunático, el enamorado y el poeta no son más que un pedazo de imaginación. El uno ve más demonios de los que pueden caber en el infierno; éste es el loco furioso. El enamorado, no menos frenético que éste, ve la belleza de Elena en una cara bronceada de Egipto. El ojo del poeta, girando en medio de su arrobamiento, pasea sus miradas del cielo a la tierra y de la tierra al cielo; y como la imaginación produce formas de cosas desconocidas, la pluma del poeta las diseña y da nombre y habitación a cosas etéreas que no son nada. Tal es el poder alucinador de la imaginación, que le basta concebir una alegría para crear algún ser que se la trae; o en la noche, si presume algún peligro, ¡con















ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados mientras el búho, con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja se acuerde del sudario. Ésta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros, que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huímos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviéronme, escoba en mano, a barrer el polvo detrás de la puerta.

*(Entran OBERÓN y TITANIA y séquito.)*

OBERÓN.—Brillen alegres luces junto a la lumbre medio apagada. Y cada duende y hada salte tan ligero como el ave sobre los espinos. Y siguiéndome, bailen y canten alegremente.

TITANIA.—Repetid primero esta canción, acompañando cada palabra con melodioso trino. Y con gracia propia de hadas, mano a mano, cantemos y bendigamos este lugar.

TODOS.—*(Bailan.)*

OBERÓN.—*(Canta.)*

*Ahora hasta rayar el día,*

*habiten aquí las hadas,*

*y de las tres desposadas*

*bendigamos a la mejor.*

*La prole que nazca de ella*

*será siempre venturosa;*

*cada pareja amorosa*

*siempre fiel será a su amor.*

*Ni mostrará tacha alguna*

*su descendencia lejana,*

*de todas las que importuna*

*la naturaleza da.*

*Con las gotas del rocío*

*consagremos esta casa,*

*donde a sus dueños escasa*

*nunca la dicha será.*

*Cantad y bailad ahora*

*hasta que raye la aurora.*

*(Salen.)*

*PUCK.—(Canta.)*

*Si nosotros, sombras, os hemos ofendido*

*pensad esto, y todo queda arreglado:*

*que no habéis sino soñado*

*mientras estas visiones surgieron.*

*Y este tema fútil y ocioso,*

*producto sino de un sueño,*

*señores, no reprendáis;*

*si otorgáis vuestro perdón,*

*haber hemos de enmendarnos.*

*Y, puesto que honesto Puck soy,*

*si alcanzamos la inmerecida gracia*

*de escapar ahora del silbido de la sierpe,*

*pronto nos amistaremos,  
o mentiroso podéis llamarme.*

*Así pues, buenas noches a todos.*

*Aplaudid, si amigos somos,*

*y Robín todo lo arreglará.  
(Se va PUCK.)*

**FIN**

## **NOTAS**

[1] Alude Teseo a la batalla mitológica en la que consiguió vencer a Hipólita, de la que posteriormente se enamoraría. Shakespeare se basa, para los antecedentes de la leyenda, en una fuente inglesa medieval, conocida sin duda por muchos de sus contemporáneos: «El cuento del caballero», de los *Cuentos de Canterbury*, la obra de Geoffrey Chaucer (siglo XIV).

[2] Obsérvese que Teseo, hábil aunque estricto gobernante, da a Hermia una opción adicional más compasiva que las disyuntivas que su propio padre le proporciona.

[3] El discurso de Lisandro, y en ocasiones el de Hermia, es el convencional de los epígonos de la tradición petrarquista, a la que Shakespeare parodia aquí.

[4] Se trata de Dido, reina de Cartago, abandonada por Eneas. Véase la *Eneida* de Virgilio.

[5] Con sagacidad burlesca, Shakespeare parodia la obligatoriedad en el teatro de su época de que los papeles femeninos de las obras debían ser representados por jóvenes aprendices imberbes por razones de censura.

[6] Con esta frase se designaba vulgarmente en tiempos de Shakespeare cierta enfermedad llamada por los médicos *corona veneris*.

[7] Evidentemente, la alusión es al llamado «mal francés» (la sífilis), que el autor oculta aquí con el eufemismo latino. Uno de los síntomas de la sífilis es la calvicie.

[8] El sentido es «hacer el esfuerzo».

[9] El roble es un árbol de connotaciones mágicas, sobre todo en el contexto





Dramaturgo, actor y poeta inglés, WILLIAM SHAKESPEARE es uno de los más grandes autores de la literatura universal y clave en el desarrollo de las letras inglesas. Sus obras de teatro son consideradas auténticos clásicos atemporales y su influencia a lo largo de la historia de la literatura es indiscutible.

Si bien sus datos biográficos son pocos y muchos de ellos, inexactos, se ha llegado a la conclusión de que nació en Stratford-upon-Avon el 26 de Abril de 1564. De familia adinerada, aunque carente de poder en la zona, al parecer el joven Shakespeare recibió una educación superior a la media, aunque sin llegar a una formación universitaria.

A los pocos años de contraer matrimonio, y de ser padre, Shakespeare se mudó a Londres y comenzó su carrera en el teatro, primero como dramaturgo y luego pasando a dirigir su propia compañía de teatro, en la que también hacía las veces de actor, llegando a alcanzar una gran popularidad, siendo muy conocidas sus actuaciones en el teatro The Globe.

De las obras de Shakespeare, creadas en una época de transición en el teatro isabelino, habría que destacar casi todos sus títulos. Sus obras han sido interpretadas y adaptadas en innumerables ocasiones y son todavía hoy representadas y consideradas como fuente de inspiración. Quizá, si hubiera que elegir, habría que señalar *Romeo y Julieta*, *El rey Lear*, *Hamlet*, *Macbeth* o *Julio César*, entre las tragedias, y *El sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia*, *La tempestad* o *La fierecilla domada*, entre las comedias. También habría que dedicar especial atención a sus recreaciones históricas, como *Enrique VIII* o *Ricardo III*, entre otras.

En el campo de la poesía, Shakespeare celebra el amor con sus versos, destacando especialmente su serie de *Sonetos* o en *Venus y Adonis*. La mayor parte de sus poemas han sido antologados con criterios en ocasiones arbitrarios, dando como resultado numerosas antologías bajo su nombre.

En 1611, cuando ya disponía de una buena renta tras sus años en el teatro, Shakespeare se retiró a Stratford-upon-Avon, donde pasó a dedicarse de asuntos más prosaicos que las letras, como el casamiento de su hija o el reparto de propiedades.

William Shakespeare murió el 26 de abril de 1616.